



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia

Magdalena Aulina

15-01-2026

"¡La paz del Señor!

Muy apreciada hermanita en Jesús y María: No puedes figurarte la alegría que me has dado al recibir tu carta tan llena de santos anhelos por nuestro estimado Jesús.

Tú me pides que te ayude a hacerte santa. ¿Cómo no, si el corazón siente esta viva atracción por las almas que se tratan? ¿Cómo no lo querré por ti, Carmen, que el buen Jesús tanto ha atado y unido [...] con un ideal tan grande, el ideal de enfervorizarse de veras para ser santas? Sí, para nosotros ha de ser siempre este ideal el primero de todos y de todo.

A la frialdad de espíritu nunca le hemos de abrir las puertas de entrada, sino siempre, y muy a menudo, levantar nuestro impulso hacia el infinito y el amor de nuestro tan amado Jesús. Sí, Jesús en todo, Jesús para todos. Qué grande, esta palabra, esta expresión de nombre para nosotros, al poder repetir en medio de todo: ¡Jesús! ¡Jesús!

Me gusta mucho que leas la vida de nuestra Gema Galgani; medítala, vuélvela a leer, y ya verás cómo siempre encontrarás cosas nuevas. No dudo que de ella aprenderás más directamente aquello que solamente en quietud y recogimiento se aprende. ¡Quiérela mucho! [...]

Cuando tengas ocasión, saluda a las Sras. que sabes me conocen, y a ti, hermanita mía, te recuerdo siempre ante el sagrario, a fin de que nuestro amado Jesús nos haga unas grandes santas. ¿Te gusta, Carmen? Amén.

Tu hermana, Magdalena Aulina."

El 19 de noviembre de 1928, Magdalena escribió esta carta desde Banyoles a su amiga María Carmen Prat Ferrer, a quien había conocido en Barcelona mientras participaba en la Obra de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, dirigidos por el padre jesuita Francisco de Paula Vallet.

María Carmen formó parte, después, del segundo grupo de Operarias que se consagraron al Señor el 8 de abril de 1934.

El anhelo de santidad de Magdalena era intenso, como también se evidencia en esta carta.

"La Obra es la santificación de la actividad. Cada persona debe contribuir según sus talentos", escribió Magdalena Aulina. Sabemos cuánto tuvo que luchar para realizar su proyecto de seguir a Jesús de una manera nueva.

Promovió muchas actividades que ponían en práctica su lema de "divinizar el trabajo", recordando que *"Jesús nos condujo a la Obra, no para que el trabajo absorbiera nuestro tiempo, sino para que divinizando nuestras acciones pudiéramos servirle y amarle, y así santificarnos".*

Mujer realista y práctica, con los pies en la tierra, Magdalena recordaba a menudo que las palabras y los sentimientos se hacen auténticos cuando van acompañados de acciones, fruto del trabajo, sea cual sea, porque todo contribuye al bien de los demás, aportando vida, verdad y bondad, en vista del cumplimiento del precepto divino de crecer y dominar la tierra, para conducir a todos hacia Dios. Por lo tanto: trabajar para dar vida y energía con auténtica alegría: *"Nunca ver el trabajo como una carga, sino como un medio que el Señor te ofrece para que puedas dirigir todas tus energías hacia él"*. Y también: *"En vuestro quehacer, unid el trabajo de Marta con la oración de María, para mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Mientras vuestras manos trabajan, que vuestro corazón esté siempre dirigido hacia Dios, en silencio y con amor"*.

Magdalena anticipó proféticamente lo que luego declaró el Concilio Vaticano II sobre la tarea específica de los laicos, es decir, la consagración y la animación, con espíritu cristiano, de las realidades terrenas. *«El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. A los laicos corresponde, por propia*

vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entrelazada» (*Lumen gentium* 31).

El laico —afirma con contundencia el Concilio Vaticano II— está llamado de modo particular a consagrar el mundo y a vivificar con espíritu cristiano las diversas situaciones y ámbitos temporales en los que se desenvuelve su vida: la familia, el trabajo, el entorno social, la vida cívica. Y así, al santificar el mundo, el laico cristiano se santifica a sí mismo.

Esta es una conciencia profunda que anima la Obra desde el inicio de su fundación, cuando las hijas espirituales de Magdalena vivían juntas y se dedicaban a las diversas actividades que exige la vida en común y el trabajo en el campo. Ponían gran énfasis en santificar cada actividad del día. Trabajar mientras cantaban y oraban evitaba las conversaciones inútiles, los chismes y las posibles calumnias. Incluso las tareas más insignificantes no se consideraban una pérdida de tiempo ni impropias, todo lo contrario!

“*Casa Nostra siempre será un granero selecto, bien abastecido, para que la humanidad se pueda enriquecer con nuestro trigo a cada hora*”, cantan las Operarias de la primera hora.

Trabajando en los campos para la cosecha, no se queman con la fuerza abrasadora del sol “*porque están encendidas por el fuego del amor*”. Y de ese trabajo agotador, como de cualquier otro, hay mucho que aprender.

Incluso trabajando en la finca, planchando o lavando, se pueden encontrar ideas útiles para la vida espiritual. Todoacerca a Dios: incluso “*preparar la conserva*” o cualquier otra tarea de cocina. Y así, el comedor se transforma, se convierte en Betania, lugar de hospitalidad y amistad.

Incluso en la finca, las diversas herramientas pueden dar voz, en una sinfonía que nos anima a cumplir bien las diversas tareas de la vida espiritual. Es un pequeño “canto de las criaturas”, un recordatorio constante para “*divinizar la propia tarea*”.

Y no se puede olvidar el valor santificador del trabajo intelectual. Estudiar, sin embargo, es un medio, no es un fin: sirve para el apostolado, porque el único fin de todo es amar a Dios. Esto da sentido al deber de estudiarlo todo, y no solo lo que a uno le gusta. Y si la ciencia puede hacernos sabios, la cruz es la que santifica.

En conclusión: en el estudio, como en cualquier otra actividad, se obtiene el mismo mérito que en cualquier otro deber que necesita la Obra, si se realiza para Dios. Éste es el camino principal hacia la santificación. Por lo tanto, Magdalena insistía diciendo:

***"Aseguraos de que ningún momento de vuestra vida sea infructuoso.
Trabajad incansablemente dondequiera que estéis.
Abrazad el sacrificio siempre con una sonrisa en los labios,
para la gloria de Dios y el bien del prójimo".***

